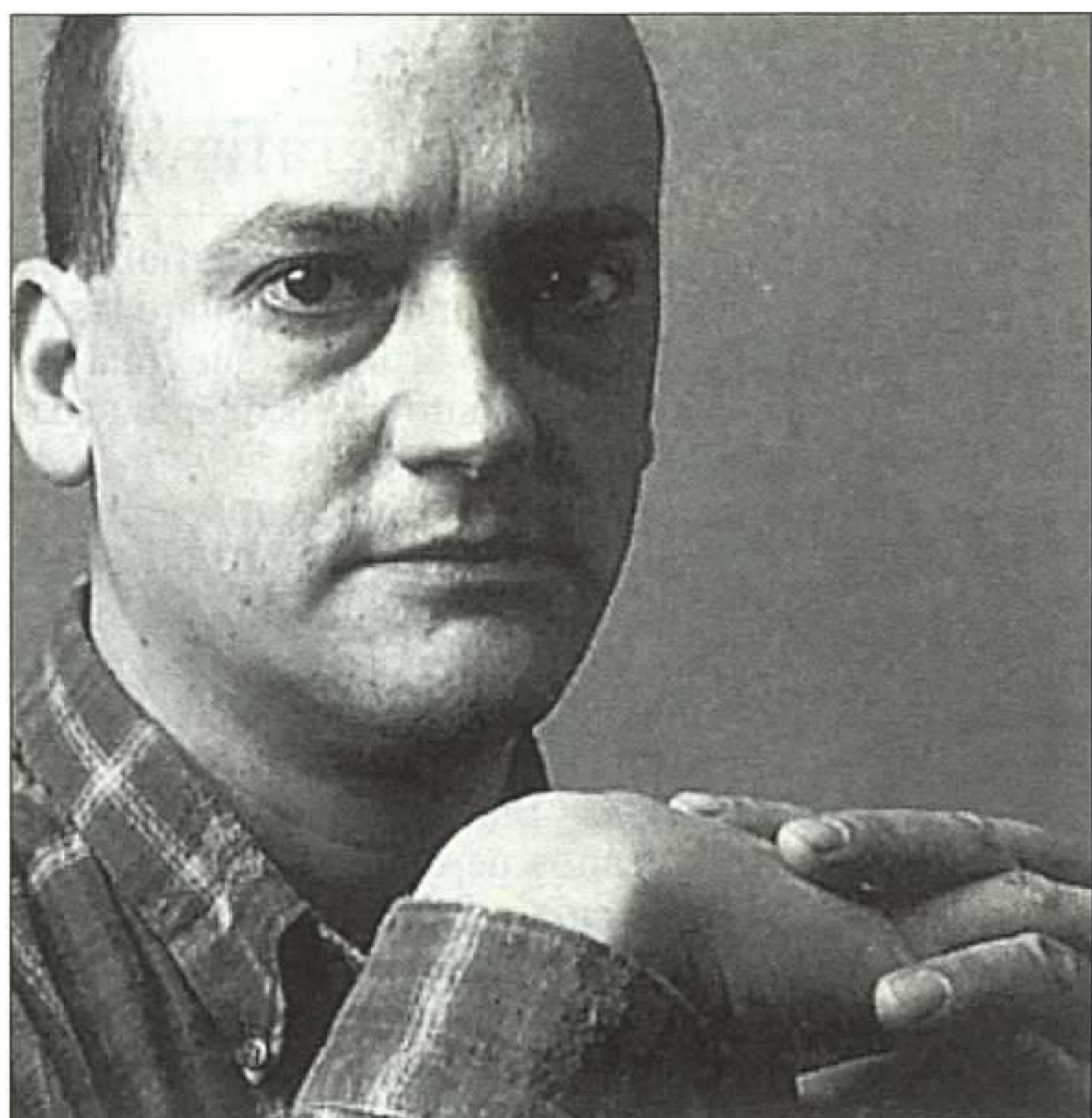


Teoría del final feliz

por **Gustavo Martín Garzo***



Con Las historias de Marta y Fernando, el escritor vallisoletano Gustavo Martín Garzo —que obtuvo en 1994 el Premio Nacional de Literatura con El lenguaje de las fuentes— ha ganado la 55ª edición del Premio Nadal de novela, uno de los más prestigiosos galardones del país dotado con tres millones de pesetas. La obra, que será publicada próximamente por Destino y que retrata la vida de una pareja de «jóvenes adultos» enamorados durante los primeros cinco años de convivencia como matrimonio, ha sido definida por el autor como

«una historia realista contada como si fuera un libro de hadas». De hecho, Martín Garzo siempre ha combinado lo real y cotidiano con lo imaginado en sus libros. Este empeño viene dado por el deseo de parecerse en lo posible al escritor que más le ha marcado, Hans Christian Andersen, y de escribir libros «que gusten a todo el mundo y los entienda todo el mundo». Seguramente por eso, aceptó enseguida la propuesta que le hizo la Editorial Anaya de prologar una edición especial de Cuentos de Grimm, y de explicar en ese texto que reproducimos a continuación su teoría del final feliz. Una teoría que ha puesto en práctica en Las historias de Marta y Fernando, «un libro diferente a los que he hecho hasta ahora porque termina bien. Es una historia de amor correspondido y he querido demostrar que pese a la idea popular de que sólo la desgracia es novelable, la dicha también lo es».

Todos los cuentos de este libro (*Cuentos de Grimm*) terminan bien. En realidad, ésa es una característica común a los cuentos de Jacob y Wilhelm Grimm, al contrario de lo que pasa con Perrault y con Andersen, por poner dos ejemplos no menos ilustres. Con Perrault, porque su naturaleza ilustrada le hace servirse de los cuentos para impartir una lección, haciendo que la voz del moralista se imponga con demasiada frecuencia a la del narrador; con Andersen, porque suele servirse de ellos para hablar de su vida más escondida, y ésta no fue feliz, ni espaciosa, ni llena de aventuras.

Puede decirse que el final feliz era una exigencia común a todos los cuentos tradicionales. Cuentos, es verdad, que escuchaban con gusto los mayores, pero que estaban pensados para ser contados a los niños, y los hermanos Grimm los reescriben con ese propósito esencial. Y ésa es una razón más que suficiente para que tengan que terminar bien. Dado que lo que quiere el adulto cuando cuenta cuentos a los niños es informarles acerca del mundo, y de los peligros que

puede encontrarse en él, pero sobre todo tranquilizarles, llevar a ese mundo siempre extremado, que es el mundo de la infancia, un poco de serenidad y mesura.

Pero el final feliz no comporta sólo una opción moral, sino algo que es aún más importante, una opción amorosa. Un cuento es una guarida, un nido. Y lo que los padres están ofreciendo a los niños cuando se los cuentan no es sólo una enseñanza acerca del mundo, sino un lugar de sosiego, de cobijo, al amparo de la desgracia. Lo sorprendente es cuando pensamos en los materiales con que están hechas las paredes de esa casa. Crímenes horribles, traiciones, cuerpos fragmentados, rastros de sangre, se alternan con pájaros de oro, facultades envidiables, alianzas insospechadas, vuelcos inauditos del corazón. Porque ésta es la maravilla de los cuentos, no nos engañan acerca de cómo es el mundo. Ofrecen al niño un cobijo, pero sin impedirle la contemplación de la realidad contradictoria y desnuda. Por eso los psicoanalistas los aconsejan. Según ellos, en los cuentos de hadas se dramatizan los conflictos básicos del ser hu-

mano, en su fase de crecimiento, y ésta es la razón de que los niños deban escucharlos. Verán reflejados los grandes dramas de su corazón y aprenderán a elaborar estrategias para superarlos. También descubrirán que tales conflictos no son privativos suyos, sino que son propios de todos los hombres. Es decir, podrán sentir celos espantosos, o deseos homicidas, sin sentirse condenados por ello a un destino de monstruosidad y daño, porque como se nos dice en los cuentos el problema no es lo que nos pasa, sino lo que somos capaces de hacer con lo que nos pasa. Desde esta perspectiva el final feliz tendría una función integradora, el acceso a una unidad de conciencia superior, donde esos conflictos quedan superados, o al menos dejan de dañar.

Veamos lo que pasa en *El pájaro de oro*, uno de los cuentos incluidos en este libro. Un niño debe buscar un pájaro de oro, y un zorro, al que previamente ha salvado la vida, le dice lo que tiene que hacer. El pájaro está en el interior de un palacio, y debe aprovechar la noche, y el sueño de los guardianes, para entrar a



TINO GATAGÁN, CUENTOS DE GRIMM («HÄNSEL Y GRETEL»), ANAYA, 1998.

buscarle. Hallará al pájaro junto a dos jaulas, una de oro y una de madera. Bajo ningún concepto debe coger la de oro si no quiere exponerse a graves complicaciones. El niño sigue literalmente las indicaciones del zorro, pero al final no puede resistir la tentación de la jaula de oro y la roba, precipitando su desgracia, pues el pájaro se pondrá a cantar, despertando a sirvientes y soldados del palacio. Tiene que pasar una segunda prueba, y esta vez es un caballo de oro lo que debe encontrar. Junto al caballo hay dos monturas, y el zorro vuelve a advertirle que tiene que desdeñar la de oro. Pero el muchacho vuelve a desoír sus consejos, y se ve obligado a participar en una tercera prueba, el rescate de la princesa de oro. Y una vez más, el paciente zorro acude a su llamada para aconsejarle. Esperará a que la princesa se quede sola y entonces le dará un beso, con lo que quedará bajo su poder, que es el poder del amor. Pero debe impedir que se despidan de sus padres, pues si lo hace ninguno de los dos podrá abandonar el palacio.

Es difícil no sentirse conmovido ante estas imágenes. El pájaro de oro en la jaula de oro, el caballo de oro y su montura de oro, la princesa de oro en el dormitorio de sus padres, son recursos admirables que contienen toda una teoría

sobre el final feliz. Pues, ¿qué otra cosa pueden significar sino una perfección contraria a la idea de la vida, que siempre pide la mezcla, la impureza, la contradicción? Tener el pájaro de oro en una jaula pobre siempre nos hará sospechar que no es ése su lugar, y nos recordará que viene de otro mundo. Lo que no es distinto a lo que nos pasa con el caballo. Ni siquiera con la princesa y su empeño en despedirse de sus padres antes de alejarse. Los niños tienen que escapar de sus padres si quieren crecer. No hay acuerdo ni bendición posible, de forma que esa marcha, el robo perpetrado en la noche, no supone una resolución de los conflictos, sino una vuelta al lugar inicial, donde todas las preguntas vivían. «No te pertenezco», eso nos dice el pájaro de oro desde su jaula gastada. «Estoy en tus establos de paso», nos dice el caballo de oro con sus arreos vulgares. «Nunca sabrás quién fui antes de conocerte», nos susurra la princesa de oro.

Es claro el simbolismo del oro. Representa lo que ya está completo, el ser en su esplendor y su acabamiento. Los hombres de otros tiempos creían que los metales maduraban en el interior de la tierra, y poco a poco se transformaban en oro. Los alquimistas, mediante la magia, trataban de acelerar ese proceso, y

conseguir en apenas unos días lo que la naturaleza habría necesitado siglos enteros de secretas transformaciones. Es pues un símbolo de eternidad, pero también de cumplimiento. Pero si el proceso está cumplido la vida no puede seguir. En los cuentos los tesoros se mezclan con los objetos reales. El oro es devuelto a la mezcla, a la impureza de los días. Por eso, al tiempo que abundan en ellos los objetos y animales de oro, también lo hacen los muchachos y las muchachas dormidas, y Blancanieves y la Bella Durmiente son los ejemplos más ilustres. No es extraño, pues oro y sueño están íntimamente relacionados. El pájaro de oro, el caballo de oro y la princesa de oro viven en castillos donde todos están dormidos. En realidad, lo que hará, con la ayuda del zorro, el muchacho protagonista es visitar el mundo de los sueños y traerse de él esas criaturas perfectas. Por eso el pájaro de oro no puede ir en su jaula de oro, ni el caballo de oro con su montura real, ni la muchacha mantener su fidelidad a sus padres dormidos, porque de lo que se trata es de arrancarles del sueño y traerles al mundo real, y para eso es necesario traicionar ese mundo. El canto del pájaro al sentirse en su verdadera jaula o el relincho del caballo o la protesta airada de los padres representan su protesta por ser arrancados de esa perfección sin conciencia.

Con Blancanieves y la Bella Durmiente las cosas no son distintas. En realidad, tanto la madrastra de la primera, como la malvada y desairada bruja de la segunda se comportan como los alquimistas. Transforman en oro el cuerpo de las muchachas y las apartan de la vida. Eso es una muchacha dormida, una princesa de oro. Una princesa condenada a permanecer eternamente igual a sí misma, a no ser que medie un gesto liberador, que es siempre, a la manera de los gestos de los maestros del Zen, un gesto absurdo o, cuando menos, inesperado. Y tanto el beso furtivo del príncipe a la Bella Durmiente, como el tropezón de los que cargan la urna de cristal donde reposa Blancanieves, o la impiedad del muchacho al impedir a la princesa de oro que se despidan de sus padres, son, cuando menos, gestos extraños, desviados, con su inequívoca carga de perversidad. El prínci-



TINO GATAGÁN, CUENTOS DE GRIMM («BLANCANIEVES»), ANAYA, 1998.



MIGUEL CALATAYUD, CUENTOS DE GRIMM (EL PÁJARO DE ORO), ANAYA, 1998.

pe de la Bella Durmiente aprovecha el sueño de una muchacha para besarla, lo que en principio no resulta muy honorable; los enanitos que han velado interminablemente la urna de cristal en la que reposa Blancanieves terminan entregándosela al primero que pasa por allí, y será esa decisión la que propicie el tropiezo que desplace el trozo de manzana de su garganta cerrada; el muchacho de *El pájaro de oro* debe mostrarse implacable e impedir algo que parece tan natural como que una muchacha se despida de sus padres, para conseguir arrancarla de su lado. ¿No se confunden acaso los palacios de la Bella Durmiente y el de la Princesa de Oro?, ¿no están ambos llenos de seres dormidos? ¿No está lo que duerme protegido, como el cuerpo hechizado de Blancanieves, en una urna de cristal? Aún más, oro, cristal y sueño ¿no nos vienen a decir lo mismo, que no toquemos, que pasemos de largo? De hecho, en *Los mensajeros de la muerte*,

otro de los cuentos de esta antología, el sueño es considerado, al lado de la fiebre, la enfermedad, el dolor físico, uno de los mensajeros de la muerte.

También las protagonistas de *La niña de los gansos* o de *Los seis cisnes* viven apartadas de todos, aunque ellas no dejen de hacer cosas. Se parecen a Cenicienta, que también ha sido desplazada de su puesto, y que también tiene que trabajar interminablemente, sin poder contar a nadie la verdad de lo que le pasa. En esa exclusión, las muchachas adquieren facultades extrañas. La niña de los gansos habla con el viento, con la cabeza de su caballo; Cenicienta, con la naturaleza; la princesita muda de *Los seis cisnes* aprende a interpretar el sentido de los sueños. Ninguna se rebela, son infinitamente obedientes. Se amoldan a su adversidad con una calma que nada perturba, como si supiesen que el mundo es así, pero también como si no dejaran de confiar. Una espera activa,

eso es su obediencia. Pero la obediencia no es sólo un estigma, el de su pertenencia a ese país de dormidos, es una forma de restablecer la alianza, y de preparar por lo tanto el regreso. Eso es lo que significa, en *La Cenicienta*, la pérdida de la sandalia de oro en la escena del baile. Cenicienta no sólo le está pidiendo al príncipe que la busque, sino, sobre todo, que no quiere su traje de oro. Quiere ser una muchacha real en un mundo real. Sus hermanastras sí ansían el traje, y por eso sufrirán terribles mutilaciones.

El final feliz que nos proponen los hermanos Grimm, representado por el pájaro de oro en la jaula de madera, supone en definitiva una vuelta al mundo, que es también el lugar donde las preguntas vuelven a renovarse, pues la vida nunca termina de hacerse. Esto es lo que pasa en *Los seis cisnes*. Su protagonista trabaja cosiendo camisetas de aster con el único empeño de devolver a sus hermanos, transformados en cisnes por un he-

chizo, su auténtica figura. Pero, ¿qué significa el final? ¿Por qué si la muchacha logra terminar a tiempo su tarea y coser dolorosamente las camisas para sus hermanos, una de ellas tiene que quedar incompleta, condenando al más pequeño de los príncipes a vivir ya para siempre arrastrando la desgracia de su terrible deformidad? El ala de cisne significa muchas cosas, pero sobre todo, como la jaula de madera, impide que todas las preguntas queden contestadas y que el final se cierre de una forma demasiado abrupta, con el olvido completo de todo lo que sucedió. En *Hänsel y Gretel*, los pequeños protagonistas logran burlar a la bruja y regresar a su casa llenos de tesoros, pero no hay niño que al escuchar este cuento deje de preguntarse por qué la casita del bosque era de dulce.

Todo es espantoso en este cuento admirable. El abandono de los padres de sus propios hijos, la pérdida en el bosque, la llegada a la casa de la bruja. Y sin embargo, esa casa, la casa en la que habrán de morir, no es un lugar lúgubre, lleno de telarañas, de animales que reptan, de fuentes teñidas de sangre, sino el lugar en el que a todos los niños del mundo les gustaría vivir. Una casita de dulce. Hänsel y su hermana Gretel llegan a esa casa y empiezan a comérsela. Se comen el tejado, las ventanas, todo lo que pillan. Claro que aquí se trata de una trampa. Es la bruja la que ha dispuesto un lugar así para tentar a los niños y hacerles que se queden. Cuando estén gorditos será ella misma la que se los coma. La casita de dulce se transforma en la casa del horror; de la misma forma que el palacio de oro es el reino de la muerte.

Eso lo saben muy bien las madres. Saben que no pueden dar a sus hijos todo lo que éstos les piden porque entonces estarían construyendo para ellos una jaula de oro, en la que luego no podrían vivir. Tal vez merezcas un lugar así, les



JESÚS GABÁN, CUENTOS DE GRIMM («LA BELLA DURMIENTE»), ANAYA, 1998.

dicen, pero yo no puedo dártelo. Es más, si alguna vez lo encuentras, recuerda que lo tienes que abandonar. Por eso les piden que abandonen la casita de dulce. Si no lo hicieran, ¿cómo querrían regresar al bosque? Todos los cuentos hablan de ese regreso. Pero el final feliz, tan necesario para decir a los niños que si se esfuerzan obtendrán su recompensa, nunca debe despejar todas las dudas, a riesgo de estar engañándoles. Todos los verdaderos cuentos dejan ese rosario de preguntas, preguntas que seguirán viéndose más allá de su final. El final feliz sólo significa eso, que es posible instalarse sin angustia en el reino de la incertidumbre. ¡Y qué inmenso es ese mundo! Concluido un cuento, todas las preguntas sin contestar volverán a vivir. ¿Por qué la casita de la bruja era de dulce?, ¿por qué dejamos atrás cabezas que hablan, zorros que nos ayudan a vivir, muchachas dormidas, palabras encantadas? ¿Tenemos que renunciar a todo eso? La respuesta es el ala de cisne. Busca en ti, nos dice esa ala. En algún lugar de tu cuerpo encontrarás un resto, una escama, una pluma, un trocito de cresta, algo que indica ese origen. Vivir es aprender a descubrir en el otro, y en uno

mismo, esos restos encantados, y encontrar la manera de que se integren en el mundo. Nunca será posible sin provocar un trastorno. Y así como el príncipe debe aprender a vivir con su ala, la Bella Durmiente tendrá que hacerlo con su terrible propensión al sueño, o Blancanieves con esa afición loca que sin duda le habrá quedado por las cosas menudas, recuerdo de su tiempo en el bosque en compañía de los enanitos. ¿Y qué decir de la niña de los gansos? ¿Cómo puede extrañarnos que cuando vaya al mercado le dé por hablar con la cabeza del animal sacrificado? ¿Era tan mala Salomé al pedir la cabeza de san Juan, o sólo estaba queriendo lo que todas las muchachas del mundo, que aquellos que aman les hablen sin parar?

Y los padres, ¿qué papel tienen en todo esto? Cuentan cuentos a sus hijos, pero saben que no deben servir al que duerme. El amor no es una urna de cristal, no es una jaula de oro, ése es el mensaje de los enanitos. Los padres tratan de explicar esto a los niños y prepararles para la vida. Pero también, sería absurdo negarlo, les cuentan cuentos para verles dormir. Les ven un momento y luego se van. Los enanitos son los padres que lloran. Han quedado hechizados por esos príncipes y princesas de oro que son todos los niños, y saben que antes o después tendrán que dejarles partir. Por eso los cuentos también son buenos para ellos. Les sirven para prepararse ante el dolor que inevitablemente sentirán cuando les vean crecer. ■

* **Gustavo Martín Garzo** es escritor. Este texto ha sido publicado como introducción en el libro *Cuentos de Grimm* (Anaya, Madrid, 1998), que reseñamos en este mismo número (véase pág. 72). Además, Garzo fue el escritor del mes en el *CLIJ* nº 84 de junio de 1996, y en esa ocasión nos obsequió con un cuento inédito titulado *Una miga de pan*, que contiene recuerdos muy especiales de su niñez.